

VI CONCURSO

de relatos de Ciencia ficción

HOMOCRISIS

by **TOSHIBA**

<https://homocrisis.es/>

Lugares comunes

PALOMA MUJICA

GANADORA DEL VI CONCURSO
DE RELATOS DE CIENCIA FICCIÓN
HOMOCRISIS

Aquella era una de las zonas del distrito de Jesús María donde aún podías encontrar callecitas de las décadas del ochenta y noventa, con casas de dos o tres pisos, jardines rodeados por cucardas —esos arbustos con florecitas en ramos miniatura que polinizan las moscas—, aceras rotas, caca de perro seca y otros detalles que a los nostálgicos masoquistas les encanta llamar pintoresco.

La mañana del 29, a eso de 10:30 de la mañana, Nico salió de casa para dejar parte de la basura en la acera, a sabiendas que era de esos meses en que los recolectores se ponían interesantes y podían pasar cuando quisieran.

Yo me levanté con pereza del sillón al escuchar el ruido entrando por la puerta abierta. Mis pijamas dejaban mucho que desear, pero durante la mañana siempre vivía con esa creencia idiota de que nada en el mundo me obligaría a salir en esas fachas a la calle. La señora Morales regaba el jardín delantero de su casa junto a su sobrina pesada (le gustaba hacerme caras siempre que cruzábamos miradas) y su nuevo perro chihuahua. Mientras, el viejito de la casa morada se quejaba con el guardia de la zona por las propagandas políticas que aún seguían pegadas en las paredes: tres mandatos seguidos constituían su profunda indignación por el maltrato al ornato público.

Ana todavía dormía en el sofá de la sala, y junto a restos de doritos y colillas de cigarro, eran las ofrendas dejadas por nuestros amigos que partieron en algún momento en la madrugada. Cinco copas de vino y dos vasos de ron descansaban sobre la mesita auxiliar. Que en realidad era un aire acondicionado que el papá de Nico nos regaló y que él se negaba a usar porque él quería un sistema de climatización con aerotermia. Mi solución no fue comprar uno acorde al instinto ecológico de Nico, sino ponerle un pisito de modo que solucionábamos la ausencia de un mueble y la existencia

de un aparato que iba contra las creencias de Nico. Bajando la vista, a la derecha de nuestra mesita auxiliar, podían verse unos vasitos de shots descansando en el suelo, el desgraciado suelo. Tomé una copa de vino medio llena y di un sorbo largo. Estaba de buen humor pese a la resaca.

El viento fresco entró por la puerta para acariciar mis pijamas mientras el sol penetraba persistente por la cortina mal cerrada que nos escondía de la calle, la luz del día iluminaba el mundo exterior dándole ese perfil superficial de una foto de magazine sabatino que prefiero mirar en el supermercado. Los pájaros cantaban, demasiado positivos para mi gusto, con sus trinos agudos que me molestaban los oídos y taladraban el recordatorio de que, por el calentamiento global, especies extranjeras empezaban a invadir el hábitat antes destinado a palomas y gallinazos. El clima de Lima estaba como siempre: desierto mediocre con veranos de mierda, primaveras solo de nombre, otoños mediocres e inviernos que compiten con los veranos.

Le di una última mirada distraída al mundo exterior por la puerta y la ranura de la cortina antes de dirigirme a las escaleras que llevaban al segundo piso. El chihuahua de la señora Morales ladraba con la pasión incomprensible de esos perros diminutos y de ojos saltones que no entienden que están en este mundo por gracia de la manipulación genética, o quizá por eso gritan tanto: lo saben. Unas casas más abajo, se oían los gritos en otro idioma de los hijos de la pareja extranjera que habían sacado sus juguetes para pasear por la acera. Nico entró a la casa preguntando por el periódico, era uno de los hábitos heredados de sus padres; yo nunca tocaba esas ediciones físicas: para mi, si las noticias no se deslizaban, no eran noticias. Antes de empezar a subir las gradas alcancé a ver por la puerta otra vez abierta a Carol trotando con los audífonos puestos y su mirada negada al mundo bajo unos anteojos negros de marca medianamente accesible que seguro compró en una oferta en el centro comercial.

Desde lejos, colándose por el aire que comenzaba a llenarse de los olores de las distintas cocinas aledañas, llegó a mis oídos el sonido de una radio a todo volumen con un reggaetón cuya letra no podía recordar en ese momento así que solo balbuceé.

Entré al baño del segundo piso por una aspirina y mientras llenaba el vaso con negligente agua del grifo, eché un vistazo por la pequeña ventana que daba hacia la calle. Mis sentidos hipersensibles se burlaron de la vida cotidiana. La migraña hizo que maldijera el brillo del sol y mandara a la mierda la risa de los niños y la energía egocéntrica de los adultos jóvenes y su música a todo volumen.

En este mundo gris, mi resaca era a colores hasta que la sociedad empezó a hacer de las suyas. De pronto me sentí una terrorista de los terroristas, rogando por vivir en una sociedad donde la vida fuera una contienda sencilla entre el bien y el mal. En donde yo fuera la buena y los que no hacían como yo, los malos. Es decir, el resto del mundo que empezaba a arruinar mi resaca feliz con su mera existencia.

La luz parpadeó entonces, incluso en este clima capitalino. Podía ser una nube, pero luego de insistentes segundos la oscuridad no solo persistió, sino que se fue haciendo más gorda, como una típica lluvia limeña que nunca te va a empapar, pero te deja incómodamente húmeda. Me incliné hacia la ventana mientras terminaba de tragar la pastilla.

Alcé el rostro justo en el momento en que caían en picada 120 toneladas de un rorcual azul.

Se estrelló sobre las casas de enfrente con la intensidad de una bomba terrorista, los solemnes tendedores con la ropa secando al sol desaparecieron como alguna vez lo harán los dólmenes de Stonehenge, las pirámides de Egipto y Machu Picchu en el siguiente fin del mundo. Con los ojos cerrados me arrastré con las manos apoyadas contra la pared del baño, las que luego se aferraron al pasamano de la escalera. No

sabía aún cómo lucía la casa, pero estaba segura que *se oía* a como si recién acabara de pasar por un terremoto o un coche bomba. Cuando volví a abrir los ojos, me di cuenta que solo podía hacerlo con uno, el otro estaba ensangrentado, mi párpado se había cortado con los vidrios de la pequeña ventana destruida. Ana, que había estado despertando en esos momentos, terminó con varios vidrios incrustados en los brazos, mientras que Nico al parecer fue empujado contra la pared por la onda expansiva que lo envolvió por la puerta abierta y se estaba levantando. Mi pierna derecha palpitaba, y es que había tropezado con la barra para sostener el papel higiénico y lo tenía atravesando mi tobillo.

Cuando finalmente pude pararme en el descanso de la escalera del primer piso, Nico se me acercó con la cabeza envuelta con el periódico de hoy, la tenía sangrando. Parpadeó varias veces como si no fuera capaz de entender lo que sucedía. Ana sollozaba en el suelo contra la mesita y pedazos de cristales por todos lados. La ventana de la sala estaba destrozada, igual que los adornos, la mesita auxiliar alguna vez aire

condicionado, pinturas, copas, vasos y mi hielera de perritos pintados que Nico usaba para iniciar conversaciones con invitados silenciosos.

Apoyándome sobre el hombro de Nico, salimos olvidándonos un poco de Ana una vez que la oímos con vida. A unos cinco metros, en la calle, Carol había terminado estrellada contra un auto estacionado. No tuvo suerte de caer bien así que no se volvería a levantar. El chihuahua pesado había reanudado su ladrido mientras regresaba corriendo a su casa. A lo que quedaba de ella. A diferencia de sus amas, su instinto animal lo había salvado de esa absurda muerte.

La cola del cetáceo reposaba sobre el techo de la casa de los niños extranjeros, cualquier intento de ver un signo cabalístico ahí, murió con el olor fétido que despidió la

expulsión de residuos del interior de esa cosa. Alcancé a ver un brazo entre la casa vuelta desmonte y las vísceras esparcidas del animal. Pronto noté a los vecinos parados en las destrozadas puertas de sus maltratadas casas. Pamela, con los oídos sangrando, mientras que Jaime Tucto tenía el labio inferior abierto.

Intercambiamos miradas vacías entre todos. Nico movía la cabeza de un lado a otro y luego contemplaba lo que parecía ser el rostro de la ballena, como pidiéndole una explicación. Pero ese ojo (el único que podíamos ver) no decía absolutamente nada de su presencia ahí, una película de grasa lo hacía parecer un agujero negro pero sucio (por tanto, carente de misticismo físico-matemático), y lo único que parecía jurar era que en el fondo de aquella criatura no habría más respuestas que lodo y cuajos.

La señora beata de la casa de la esquina, que siempre venía a dejarnos folletos sobre expiación y pecado (la muy sutil), se había quedado con los brazos medio alzados al cielo, y ya no parecía estar rezando, era más bien como si se hubiera quedado a la mitad de un paso de perreo.

Los vecinos judíos, con los brazos cruzados, miraban la cabeza de la gran bestia, mientras un grupo de ellos menos contemplativo trataba de ayudar a los sobrevivientes atrapados en una casa que había terminado medio derrumbada. Aquello no parecía digno de algún dios sádico de todos modos, y ninguna religión del barrio se adjudicó la caída de la ballena en esa calle del distrito de Jesús María.

Los creyentes de la física y mundos paralelos rebalsaron en teorías, pero como no se le podía llamar dios a un agujero de gusano, la gente pronto se olvidó de esa secta. Los evangelistas quisieron hacer de las suyas, pero cuando alguien habló de levantar cargos contra ellos si asumían la responsabilidad de su dios en el incidente, no volvieron a molestar.

El guardia y el señor viejito que habían estado conversando afuera durante el incidente, ya no tuvieron que discutir más por la propaganda política en la calle. El señor viejito, además, murió dos semanas después por un ataque al corazón cuando estalló un balón de gas en una casa que colindaba con la de su hijo que lo había albergado ahí luego del incidente. Mi consuelo fue que el hombre había vivido demasiado, pero Nico no lo tomó así y lloró bastante por ese señor viejito y su obsesión por las paredes limpias de nuestra cuadra.

Mientras vivíamos en el departamento que nos rentaban muy barato mis padres en Pueblo Libre, Nico y yo nos dedicamos a coleccionar todo lo relacionado al evento del rorcual azul. Compramos un álbum de fotos —color azul— que venía con una fotografía de una pareja de gringos caminando por una playa mientras unos delfines hacían piruetas de fondo. Decidimos mantenerla de portada porque lo consideramos más un sarcasmo que un guiño del destino. Con algo de morbo, formamos nuestra colección de recortes relacionados al incidente, imprimimos algunas de Internet, pero no muchas pues no tenían clase para nuestro gusto por un recordatorio físico. Añadimos algunas invitaciones a los funerales de los vecinos y los recibos por las flores que mandamos o los partes que recibimos cuando asistimos a algunos.

A las muertes y los millones perdidos entre las carnes de la enorme bestia, se le sumaba el desinterés de los seguros de vida por decidir cómo cubrir el incidente, y ni hablar de nuestro gobierno. Solo sacar al cetáceo se había vuelto un asunto nacional, pero sin el dramatismo de un gatito atrapado en alguna pared. A nadie se le ocurrió pedir un día de luto nacional o una Teletón.

Tardaron doce días en sacar a la ballena. Más por la burocracia que por enfrentarse a una criatura colosal. Usaron excavadoras porque no querían atreverse a usar explosivos

debido a cierta información en un programa que alguien encontró en Internet que daba fe del desastre que implicaba no solo que un rorcual azul cayera completo en una calle, sino que además era uno ridículamente gigante y por ello aumentaban los riesgos de caída libre de varios pedazos por aquí y a cuyá.

Varios e-magazines y noticieros trataron el tema por semanas, entrevistando a vecinos de vecinos y amigos de vecinos de vecinos y parientes de amigos de vecinos. Ana tuvo la suerte de gozar por un mes de popularidad en sus redes sociales. Sin embargo, el asunto era demasiado absurdo para tomarlo en serio, demasiado casual para sacar alguna lección y demasiado literal para hacer bromas al respecto. A lo máximo que se llegó fue a ver nuestra desgracia convertida en un JPG a ser compartido como curiosidad de tanto en tanto. Al igual que otros vecinos, nos abstuvimos de brindar cualquier declaración, no por respeto a los que ya no estaban ni por miedo a una represalia por parte del universo o algún dios con influencias sobre bestias colosales. Había una concesión entre los protagonistas. Un silencioso apretón de manos y nada más. La cosa no tenía sentido y no sabíamos qué consecuencias traería el pensarlo demasiado.

Volvimos luego de catorce meses a la casa. Como era evidente, ninguna presidencia iba a cubrir nuestros gastos, pero con ayuda de nuestros padres y trabajos logramos reconstruir la casa. El resto de vecinos regresó. Nadie se mandó mudar, salvo que lo hicieran en ataúdes.

Ahora, cada vez que intercambiamos los saludos típicos entre vecinos que son conocidos, pero no amigos, estos siempre son ligeramente alterados. El perreo de las nueve de la noche, un vaso estrellándose contra el suelo, la propaganda de dos pizzas por una, todo nos levanta. Hay veces que encuentro a Nico o a la señora beata mirando al cielo. Incluso yo también me pierdo ahí eventualmente. Como casi todos los vecinos.

Estamos esperando.

No por otro rorcual azul.

Sospechamos que puede haber ramificaciones por pensarlo demasiado, pero no por eso dejamos de buscar significado, una pista, quizá hasta un nuevo acontecimiento que nos haga sentir que hemos aprendido algún tipo de lección porque hicimos algo mal, cualquier cosa que nos haga dar gracias a nuestras vidas y que nos confirme que un

conjunto de normas y sentido común o cientos de oraciones u ofrendas nos pondrán a salvo y su incumplimiento traerá esta vez un calamar colosal.

Pero pasan los días y no hay ninguna respuesta, eventualmente hay alguna caca de pájaro por ahí o un resbalón vergonzoso o un choque frontal contra un poste de luz. Hay un ambiente extravagante, que ni puedo llamar ateo, desde entonces en el barrio. Ya nadie sabe si sentir miedo, recelo o simplemente cagarse de la risa.

Lo que es yo, he tomado el hábito de siempre salir con paraguas.